

MARTHA BLACK

ODIADO

diario



MARTHA BLACK

ODIADO
diário

EDICIONES KIWI, 2022
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, septiembre 2022
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19147-06-6
Depósito Legal: CS 596-2022
Copyright © 2022 Martha Black
Copyright © de la cubierta: Borja Puig
Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock
Corrección: Paola C. Álvarez

Copyright © 2022 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Si alguna vez sientes que en tu vida hay oscuridad,
recuerda que es ahí donde brillan las estrellas.

Seas quien seas:

Lo que tienes entre manos pertenece a mi intimidad. Te rogaría que solo lo leyese si eres capaz de guardar secretos. Ya sabes, nadie quiere que ciertas cositas que escondemos en un rincón de nuestros pensamientos sean de dominio público.

¿Lo entiendes?

Este es mi diario y, ahora, también es el tuyo. No tengas en cuenta los tachones, borrones o frases sinsentido que verás durante el tiempo que tardes en leerlo. Estoy segura de que sabes que no es fácil abrirte y compartir tus sentimientos con desconocidos. Yo hice el esfuerzo para encontrar respuestas a lo que me pasaba.

¿Y sabes qué? Que al principio fue una mierda.

Seren

P. D.: Pero lo que cuenta es el final.

1 RIDÍCULO

24 de mayo de 2016

Odiado diario:

~~Siento que estoy haciendo el imbécil y que esto no servirá de nada.~~

Siento dirigirme a ti de esta forma. Te escribiría «querido» si lo fueras de verdad. No lo eres. Es más, yo nunca te hubiese escrito si no me viese obligada por Sophie, la única que leerá esto.

~~¿Quién es Sophie? Sophie es la psicóloga más pesada que existe en el mundo.~~

Seguramente, la titulación de Psicología se la ganó por las buenas notas que obtuvo en su momento, pero... ¿a qué persona en su sano juicio se le ocurre pedir a una chica con un trauma que lo escriba en un papel? Y no en una maldita hoja. ¡En un puto diario! Exponer mi vida y dar carta libre para que se me juzgue.

Sophie, te juro que estoy haciendo un esfuerzo abismal para escribir frases coherentes juntando palabras, pero es una mierda y una pérdida de tiempo. Solo quería que lo supieses.

¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Sophie quiere que hable de mí, de cómo me siento. Desea con todas sus ganas que deje constancia de que me falta una puta pierna y que explique por qué odio mi cuerpo.

Mi pierna, ~~la que no tengo~~, fue para el cubo de residuos del hospital cuando me la amputaron. Estaba destrozada y consideraron

que era inservible. Ni siquiera me preguntaron si quería que me la amputasen. Se justificaron con eso de que estaba inconsciente y que era necesario para salvarme la vida.

No solo odio este diario, también odio al cirujano que me dejó así.

A veces pienso que preferiría que no lo hubiesen hecho —sí, Sophie. Soy capaz de escribirlo también, aunque seguro que apostaste varias coronas a que no lo haría— y vivir lo que tuviese que vivir con mi pierna destrozada. Estoy harta de escuchar a todo el mundo decir que me entiende, todos me entienden y todos tienen dos piernas. ¿Qué narices es lo que entienden? Me desperté con un cuerpo que no era el mío y yo no elegí dejar de tener una pierna. Es horrible. Si tienes pocas tetas, puedes operártelas y, si tienes muchas, también. Si no te gusta tu cuerpo, echas la comida por donde entra y pierdes algún kilo con facilidad, como hice en un pasado.

No, Sophie. No me siento orgullosa de haber tenido bulimia. Pero ¿qué quieres que haga? Tenía quince años, ya no sé cómo explicarte que, en mi clase, las más populares tenían que tener un cuerpo agraciado y entrar en cierta talla de pantalón. Lo hice sin pensar y no lo volvería a hacer, pero me pregunto si, cuando me juzgas por ello, es porque tú fuiste asquerosamente perfecta con quince años. ¿Nunca te equivocaste? ¿No? Pues yo sí. Además, siempre repites que es una enfermedad y las enfermedades se apoderan de ti cuando menos las esperas, que te pillan con la guardia baja, física o mentalmente, y te atacan. ¿Ves, Sophie? Dices que no te escucho, pero memorizo cada frase. No te das cuenta de que eres demasiado repetitiva —más de lo que deberías— y parece que me tomas por tonta.

Sigamos con las confesiones.

Aborrezco mi cuerpo desde todos los ángulos y odio cada vez que un médico dice que tengo «suerte» por tener un corte limpio bajo la rodilla. ¿Suerte? ¿Eso es suerte? Suerte es que te toque la lotería, pero llamar suerte a lo mío es reírse de mí.

No me consuela tener una prótesis de titanio y poder ser independiente. No. No soy independiente. Lo fui. Todo en un pasado. Si fuese independiente, podría hacer las mismas cosas y con la misma facilidad. Si fuese independiente, no tendría que ocultar mis piernas bajo pantalones largos para que nadie se fije en el trozo de metal y después me mire a la cara como si estuviese muriéndome. Sophie lo llama inseguridad. *¿Verdad, Sophie?* Utiliza ese nombre porque no es ella quien tiene que usar la prótesis.

Llevar prótesis es doloroso y el movimiento deja de ser natural. No hay normalidad y si aparece por algún sitio, es fingida. Duele pasar muchas horas de pie. Duele el roce del plástico y las vendas de refuerzo no lo alivian lo suficiente. Duele sentarse en la cama por las noches y quitarte la prótesis como si fuese una prenda. Duele mirarte el muñón y darte cuenta de que no crecerá nada, que no soy una lagartija que pierde su cola y, poco a poco, la recupera.

Vivir con ello.

Es gracioso que la mayoría de los que aconsejan en positivo lo hagan sin haber experimentado las partes más crueles de la vida. Esas personas que llenan su agenda con frases motivadoras y se las repiten constantemente. Sobre todo, al despertar, con la taza de unicornio bien cargada de café y adornada por mensajes tipo *«Always positive»*. Son una mierda esos mensajes. Me pregunto quién demonios metió la idea en la cabeza de mi madre. Si cuando jubilé todas las tazas y compré nuevas fue porque se dio un fuerte golpe en la cabeza. Las miro con desidia cada vez que doy un sorbo y aún recuerdo el día que tiré una sin querer. Mi madre pensó que lo había hecho a propósito y lloró como si se hubiese muerto algún pariente. Juro que no lo hice queriendo, aunque tuviese ganas de estampar esa taza contra la pared.

«Atrévete a caminar, aunque sea descalzo».

¿No es gracioso, Sophie? Caminar descalza. ¿Con prótesis o sin ella?

Nadie le dijo a mi madre que esa taza no era muy acertada, pero cuando la cogí de la estantería, ni siquiera vi que había cogido esa.

Tropecé, porque de vez en cuando tropiezo por llevar un trozo de metal en vez de carne, y tuve que elegir entre salvar la taza o pegarme un golpe contra la mesa. Siento haber escogido salvar mi cabeza antes que la taza. Si llego a saber que mi madre iba a tomárselo así, hubiese cambiado mis prioridades.

Sé que hablé contigo y te lo conté, Sophie. Lo sé porque ese día quisiste hablar de la motivación personal, de encontrar estímulos en las pequeñas cosas y valorarlas. ¿Pues sabes qué? Que fue sin querer, pero la taza era una mierda.

Sophie, Sophie, Sophieeee.

Estoy haciendo esfuerzos, te lo juro. Pero a mis veinte años sigue pareciéndome ridículo estar escribiendo esto. Nunca tuve un diario y no sé qué debo poner exactamente. Espero que esto te baste y no me sermonees como sueles hacer.

Siempre positiva, Sophie.

No olvides tus propios consejos.



2

HERMANITA

30 de mayo de 2016

Odiado diario:

Parece ser que no hemos cumplido con las exigencias de Sophie. No ha parado de repetirme continuamente: «Seren, no te tomas en serio los ejercicios». Pues tomar, lo que se dice tomar, me tomaría un café en estos momentos. Pero los ejercicios... es difícil tomarlos.

Son una mierda:

Lo intento, de verdad que lo intento, pero se me hace raro estar escribiendo estas palabras cuando la mayoría de ellas ya las sabes porque las hemos hablado durante la terapia los lunes, los miércoles y los viernes.

Ayer me puse delante del cuaderno y me quedé en blanco. No sabía ni por dónde empezar. Estuve mirándolo y pensando en si conseguiría escribir mucho más o terminaría cogiendo polvo en algún rincón de la estantería. Pero hoy lo he cogido con más ganas y me he motivado pensando que era el cuaderno más bonito que me he comprado hasta la fecha. Me encanta que sea de cuero envejecido y que tenga una cuerda para atarlo. ¿Sabes qué pienso de eso? Que la cuerda protege las palabras, aunque sepa que la próxima semana lo abrirás para ver si he dado la talla o no con la escritura. Pero volvamos al ejercicio.

Si tengo que decir algo que me guste de ir a la terapia..., me quedo con la decoración. En serio, tienes una sala de espera preciosa y no estoy riéndome de ti, Sophie. Creo que es la más bonita de todo Karlstad, y he visitado muchas. Me encanta, sobre todo, tu sofá *vintage*, que parece salido de una revista de moda. Por no hablar de esas flores colocadas estratégicamente para proporcionar sensación de paz a los que vamos a tu consulta. Y huele muy bien. Siempre se me olvida preguntarte con qué la perfumas y supongo que, como ya está escrito, me lo dirás cuando lo leas.

Lo que me descoloca mucho es el bote de mermelada de *hjordron* que tienes en la mesita, justo al lado de la cafetera. ¿Dónde se supone que se echa la mermelada si no hay pan? ¿La tienes por algún motivo concreto o, simplemente, para que tus pacientes vean lo cara que es tu mermelada? Desde que la vi, tengo la tentación de meter el dedo y chupármelo mientras espero a que me llames. Créeme si te digo que sé lo que cuesta. La vi en el escaparate de la tienda *gourmet* que hay al lado del Mitty City un día que salí a pasear con Emilie. Miento. No salimos a pasear. Tenía que comprarse un sujetador de esos horribles que se pone a diario —espero que no sean los mismos que usa cuando queda con Viktor—. Se parecen a los de lactancia y los compra de color carne. No lo entiendo, Sophie. Mi hermana tiene unas tetas que ya quisiera para mí y se empeña en usar esa tela antimorbo. ¿Por qué? Siempre me lo pregunto. Las cosas bonitas hay que lucirlas y si se trata de las tetas, con más motivo. Llegará el día en el que la gravedad haga su trabajo y terminarán a la altura del ombligo, como todas.

—¡No me fastidies, Emilie! —grité cuando vi el sujetador que iba a comprarse.

—¿Qué pasa?

—Hasta mamá lleva sujetadores más bonitos.

Emilie me dio una colleja que resonó en la tienda y no pasó desapercibida para nadie. Creo que a la dependienta le dolió más que a mí.

—¿Puedes estar callada?

—Pues mira... no —respondí bajando la voz—. ¿Por qué demonios tienes que comprarte el sujetador más feo de la tienda?

—Me gusta y es cómodo.

—¡Y una mierda! —exclamé, y me llevé otra colleja—. Eso no le gusta ni al mismísimo diablo.

—¡Seren! ¿Podrías dejar de hablar así? Ya tienes veinte años.

—Y tú, veinticuatro. No entiendo por qué te pones sujetadores de abuela.

Tiró de mi brazo y nos fuimos de la tienda sin comprar el sujetador.

No fue mi intención. Yo quería que Emilie se comprase uno, pero uno bonito, al igual que la ropa. Odio que vaya vestida así, como si fuese una testigo de Jehová. ¿Podemos ser más opuestas? Debería aprovechar que tiene dos piernas y lucirlas, ponerse la falda más corta que encuentre y bailar hasta el amanecer. Eso es lo que quiero yo para mi hermana.

Y un sujetador en condiciones.

Siento si estoy desviándome del ejercicio hablando de las tetas y de los sujetadores de mi hermana. Pero ¿no tenía que escribir hoy sobre la familia? No me especificaste de qué. Supuestamente, quieres ver si es por su culpa que siga estancada y no me acepte tal y como soy.

No es eso.

Nunca me aceptaré porque no puedo cambiarlo, pero tengo la sensación de que mi hermana no quiere vivir la vida como tiene que vivirla y que en parte es por mi culpa. Es como si ser la hermana mayor conllevase algún tipo de responsabilidad más allá de lo básico o como si el que a mí me falte una pierna signifique que ella debe conformarse con lo que tiene, porque, supuestamente, es mucho y podría estar peor: como su hermana pequeña. Me niego a sentirme culpable por eso. ¿Lo entiendes?

Ella puede vivir y yo no. No tiene por qué guardarme luto. Sí, pienso que es lo que hace: me guarda luto a mí o la pierna que no tengo.

Mi hermana necesita vivir todo lo que no vivió desde que empezó con Viktor y creo que es un error su boda con él. No es que piense que sea mal chico, pero no es para ella.

¿Sabes con cuántos hombres ha estado mi hermana antes que con él?

Con uno. Uno. En serio. Y ni siquiera se lo folló. Siento escribirlo así, pero se dice follar cuando no hay amor, ¿no?

Emilie perdió la virginidad con Viktor y no creo que sepa si de verdad es el adecuado porque no ha probado a otros. Puede parecer superficial, pero ¿cómo sabes cuál es tu plato favorito si no pruebas el resto? Sé que Viktor no es su plato favorito, es con el que se conforma porque lo tiene delante. Viktor es un plato congelado y solo tienes que meterlo en el microondas. Te lo comes porque es rápido y práctico, pero carece de sabor. ¿Me explico? Y no es que lo odie, pero creo que por su culpa mi hermana viste así, por los celos de Viktor.

Él tiene treinta años y la alopecia está llamando a su puerta. Por no hablar de la incipiente barriga que intenta disimular con esas camisas horteras. Mi hermana es más guapa que él y, sí, siento ser superficial otra vez, pero también soy realista y tengo dos ojos. Si Emilie vistiese en condiciones, ganaría concursos de belleza a sus veinticuatro años. ¿Y Viktor? Viktor lo único que ganaría es no parecerse al bibliotecario. ¿Lo has visto, Sophie? Te aconsejo ir a la biblioteca y verlo. Es muy buena persona, viste moderno e intenta ligar con las adolescentes, pero estoy segura de que cierra las puertas con la barriga. Pues Viktor, vistiendo mejor, sería el bibliotecario.

Podríamos decir que su relación es tóxica y Emilie no lo ve. ¿Y sabes qué? Me fastidia. Me fastidia porque, cuando intento hablar con ella, me dice que solo tengo veinte años y que no sé lo que es el amor.

Me enfado. Claro que me enfado. Lo hago porque es verdad. No sé lo que es el amor, pero sé lo que no es y lo de mi hermana con Viktor tendría que terminar.

¿Sabes lo que es sentirse culpable por algo sin tener la culpa?

Pues así me siento con ella. Si no hubiese pasado lo de mi pierna, ella viviría más despreocupada y sería capaz de ver. Ahora tiene una venda en los ojos y no quiere quitársela. Vive cómoda así y su vida es aburrida. No hay nada más aburrido que pasarte la mayor parte del día escondida detrás del ordenador cuadrando facturas.

Y no sé si el motivo de quedar tanto conmigo se debe a que le doy pena o que quiere limitar el tiempo que pasa con Viktor. ¿Tú qué crees?

Espero que esta vez no te enfades tanto como con la primera y que el ejercicio familiar esté a la altura de lo que esperas de mí.

Con cariño,

Seren

P. D.: Repito. No te enfades, Sophie. Se te hacen arrugas cuando frunces el ceño.